

4 Agosto. 1959

LAS PROVINCIAS

Desde Asturias escribe Marino Gómez-Santos

GIJÓN: Sucursal del café "Gijón"

EL cronista sale de la caseta con su bañador flamante y un libro en la mano, dispuesto a tumbarse al sol como una lagartija. Piensa en el calor infernal de Madrid, y se solaza con el regusto de veranear en una playa lejos de la meseta sin árboles, donde el sol cae como una maldición gitana. Piensa también en esas mujeres madrileñas que se toman el sol en las azoteas de sus casas, imaginándose, mientras tanto, el ambiente del mar, como aquel gato de «Doña Berta», de Clarín, que se murió en un desván soñando con las mariposas que cazaba en la aldea a la hora de la siesta, cuando era libre.

El cronista se encuentra aislado por completo de todo contacto profesional y empieza a disfrutar el «cambiar de caras», que es una de las cosas que más descansan. Mira hacia las casetas: madres y padres de familia toman el sol junto a los hijos de familia. (El baño en la playa de San Lorenzo suele ser un baño en familia.) Hay algunas muchachas solas sentadas haciendo labor o leyendo una novela; otras, tumbadas sobre las toallas multicolores, con los ojos cerrados. El cronista no conoce a nadie. Disfruta de su soledad entre el enjambre de gentes para él anónimas. Y ya va a sentarse a leer. Y ya ha abier-to el libro por la página en que había suspendido la lectura, cuando oye que le llaman a coro. Se vuelve, sorprendido. Le hacen señas desde lejos.

Se trata de los escritores Pedro Alvarez y Severiano Fernández Nicolás y del pintor Manuel López.

—Aquí tienes una representación del café Gijón. Esta es la sucursal de nuestra tertulia de Madrid.

Hablar de cafés literarios o de literatura en una playa, o donde sea, me va pareciendo poco soportable. Porque de literatura no hablan más que ese tipo de gentes análogas a las que hablan de toros. Al cronista le parece que el torero debe torear y dejarse de comentarios y monsergas fuera de la plaza. Mala señal es que un escritor cuente un argumento a sus amigos en el café, porque es seguro que nunca se decidirá a lo que realmente tenía que hacer antes de contarlo; escribirlo.

Pedro Alvarez, que acaba de publicar una importante novela, titulada «Quince noches en vela», se queja de que las dos únicas críticas picajosas que ha tenido su nueva obra se publicasen en la Prensa ovetense. Le digo, partiendo de que en España no hay apenas críticos literarios, que la Prensa ovetense siempre ha sido más severa para juzgar la obra de un novelista. Porque Pedro Al-

varez nació en Oviedo, en la calle de San Lázaro.

En cambio, es necesario señalar la generosidad y el entusiasmo con que los gijoneses reciben los triunfos de los gijoneses, dándoles a los mismos un entrañable sentido de tribu. Puede decirse que donde esté un gijonés está Gijón entero. Sin ir más allá, ahí está, en el parque de Isabel la Católica, la primera estatua que seguramente se ha erigido en el mundo a un hombre que se cuenta todavía entre los vivos. Se trata del ilustre pintor gijonés don Nicanor Piñole, que desde la inauguración de su estatua no ha vuelto a pasear por el parque porque le azara verse a sí mismo en bronce, ya inmortalizado.

Ya es bonito este gesto de generosidad infinita por parte de los gijoneses. Porque ya va estando bien que se aguarde a que el artista o el hombre de ciencia se vayan a dar geráneos modestamente para empezar a cantar su impar talento.

No entramos en comparaciones; pero lo que ocurre es que en Oviedo hay más temperamento crítico, más ironía, mientras en Gijón predomina el humorismo en la vida cotidiana y actúa—tratándose de un triunfo de otro gijonés—el sentido congénito de tribu, al que nos referíamos.

Esas finisimas cualidades ovetenses—ironía, sentido crítico—han sido utilizadas para componer obras literarias que hoy ya son clásicas por magistrales. Los grandes cultivadores de esta literatura incisiva y culta han sido Leopoldo Alas y Ramón Pérez de Ayala. Y, entre tanto, en Gijón no han salido, aparte de Jovellanos, naturalmente más que algún que otro poeta en bable astur, que no ha pasado las fronteras de la provincia.

En esa distancia de 30 kilómetros en que está separada la capital de Asturias de la villa de Gijón hay una notable diferencia de caracteres, como si las latitudes de las dos ciudades fuesen diferentes en el globo.

De todas formas, habría que estudiar la influencia que un monte, como el Naranco, de Oviedo, puede tener en una ciudad que está asentada en su falda, a su amparo, recogiendo la humedad que arrolla por este monte. Sin olvidar la condición campesina y apacible de los gijoneses, rodeados de campos de maíz, de hierba y de vacas rubias, con escape hacia el mar.